



Adiós al siglo XX

La poesía de Affonso Romano de Sant'Anna

LUIS
FERNANDO
AFANADOR

No sé si el compromiso del escritor le sirvió a la revolución; es claro que no le sirvió a la literatura. “Proletario que mueres de universo, / en qué frenética alegría acabará tu grandeza, / tu caos teórico práctico”, dice César Vallejo en *España, aparta de mí este cáliz*. Seguro que nadie recordará al gran poeta peruano por esos versos como tampoco recuerda al Neruda desastroso de la oda a Stalin o *Incitación al Nixonicidio*: “pueblos que Nixon, el analfabeto, / ni siquiera de nombre conocía / y que mandó matar con un decreto”. El compromiso político y la poesía no hicieron un buen matrimonio porque el arte sólo debe ser fiel a sí mismo y no obedecer a ninguna causa so pena de resentir su calidad o poner en peligro la vida del propio poeta, como lo comprobaron tristemente Ósip Mandelshtám, Roque Dalton o Heberto Padilla.

El compromiso político fue uno de los lastres que tuvo que padecer la poesía durante el siglo xx. Pero hubo otros: las vanguardias, el tercermundismo, las teorías. Quisiera referirme al caso de Affonso Romano de Sant'Anna, brasileño nacido en Belo Horizonte, Brasil, en 1937. Poeta, intelectual, profesor, crítico, periodista, ensayista y gestor cultural. Y, para ser justos, más que un simple intelectual: fue también un hombre comprometido, un rebelde que alguna vez llegó a inquietar a la dictadura brasileña. Para mí, un caso emblemático, el de una persona que sobrevivió al siglo xx gracias al humor y a la poesía.

No por azar uno de sus poemas más conocidos se titula "Epitafio para el siglo xx" y comienza así: "1. Aquí yace un siglo / donde hubo dos o tres guerras / mundiales y millares / de otras pequeñas / e igualmente bestiales". Un epitafio sólo lo escribe un doliente y creo que esto nos habla de unas relaciones intensas, fuertes. Por eso, al final de su epitafio, dice lo siguiente: "Tened piedad de nosotros, oh / vosotros / que en otros tiempos nos juzgáis / desde la comfortable galaxia / en la que irónicos estáis. / Tened piedad de nosotros / —modernos medievales— / tened piedad, como Villon / y Brecht por mi voz / de nuevo imploran. Piedad / de los que vivieron este siglo / per seculae seculorum".

Como protagonista del siglo xx, Affonso Romano de Sant'Anna se sumergió en los temas de la utopía, las teorías, el compromiso político, las vanguardias poéticas, la crítica del sistema capitalista, Vietnam, el Tercer Mundo vs. la cultura europea. Vivió el siglo xx a plenitud, a fondo. Lo celebró, lo denostó y, también, se burló de él. Es

un hijo de su tiempo, pero un hijo crítico, problematizado. Precisamente en el poema "El gran indio guaraní" ironiza sobre la pretensión de que un poeta pueda llegar a ser la expresión de una época:

—¿Dónde se inscribirá el texto oculto de mi tiempo?

—¿En las alas del secuestro?

—¿En la explosión del ministerio?

—¿En el ajusticiamiento encapuchado?

—¿O en cualquier cotidiano e irreparable asesinato?

...

Escribame el poema de mi

Tiempo

Escribanlo por mí

Que soy débil,

Que soy tópico,

Que soy entrópico

Pero esto ocurrirá más tarde: el humor y la ironía serán la manera como logrará tomar una distancia con la gravedad del siglo xx. En su primer libro, *Canto y palabra*, escrito a los 28 años y publicado en 1965, ya aparecía el tema político con poemas al líder negro Medgar Evers, asesinado por el Ku Klux Klan, y Pedro Texeira, otro líder campesino brasileiro, asesinado por terratenientes. Poesía intelectual, poesía de intención, incluso con el tema erótico, que también aparecía allí. Ese mismo año, viaja a California —la dictadura brasilera llevaba un año— y se vuelve profesor universitario. En su siguiente libro, *Poesía sobre poesía*, publicado diez años después, retoma la poesía política —aparecen, por supuesto,

El humor, la ironía lo salvaron de ese siglo

“semiótico y despótico, / que se creyó dialéctico y fue sidoso y patético”.

Vietnam, el Che Guevara y el Empire State, símbolo del imperio— y por primera vez experimenta, como una manera de liberarse del discurso académico sobre la poesía en el cual se encontraba inmerso. Sobre este libro dijo el propio Romano de Sant’Anna: “El poeta se vengaba del profesor y ponía sobre aviso a los demás poetas y profesores. Son poemas desgarrados, de arrojar las vísceras sobre la mesa para que se viera el conflicto de una generación. Si miramos la poesía brasileña de ese periodo, está llena de eso. La obra de los concretistas en gran parte fracasó porque la teoría se apoderó de la poesía”. Aquí se refiere al movimiento de la poesía concreta brasilera, fundado por Haroldo de Campos, sobre el cual escribiría después un poema lapidario, “Error concreto”: “El poeta concretista / comete un error típico: / confunde el logos / con el logotipo”.

El humor, la ironía lo salvaron de ese siglo “semiótico y despótico, / que se creyó dialéctico y fue sidoso y patético”. Incluso de la poesía comprometida, un subgénero que, como se sabe, tiene fecha de vencimiento. La prueba es otro poema emblemático, Rilke:

Rainer María Rilke y yo

cuando quería hacer poemas
pedía prestado un castillo
tomaba la pluma de plata o la de pavo real,
llamaba a los ángeles de cerca,
palpaba la soledad
como un delfín
conversando de las cosas al gusto europeo
entre esculpidos gamos y cisnes
en un geométrico jardín.

Yo
moderno poeta, y brasileño
con la pluma y la piel reseca por el sol de los
trópicos
cuando pienso en escribir poemas
me aterran siempre los terrenales problemas.
(fragmento)

Que yo sepa, nadie se había burlado así del sacrosanto Rainer María Rilke. Sin embargo, después de hacer las paces con el siglo xx y “sin remordimientos históricos”, como bien se titula un poema suyo, Affonso Romano de Sant’Anna da un giro hacia una poesía más clásica, con poemas más breves, menos barrocos, en los que retoma los temas eternos de las mujeres, el misterio del mundo, el amor, el desamor, la belleza y el paso del tiempo:

Con Dante

En este Castillo de Gargonza
Dante estuvo poco antes de mí.

Escapaba de sus enemigos (los Gibelinos).
Pisaba piedras
Oía la misma campana que en la
Torre hace poco batía.

Eso fue hace ocho siglos.

Lo cual no es nada
Delante de las piedras
—y de la poesía.

El humor le permitió una distancia con la poesía política —que termina en panfleto— y con las vanguardias —que terminan en una mueca petrificada—. Pero es, finalmente, la poesía “de verde eternidad, no de prodigios”, la que lo salva y la que impide que su propio epitafio también diga: “Aquí yace”. ■

Luis Fernando Afanador (Colombia)

Abogado con maestría en literatura. Fue catedrático en las Universidades Javeriana y de los Andes. Ha publicado *Extraño fue vivir* (poesía, 2003), *Toulouse-Lautrec, la obsesión por la belleza* (biografía, 2004), *Un hombre de cine* (perfil de Luis Ospina, 2011) y “El último ciclista de la vuelta Colombia” (en *Antología de la crónica latinoamericana actual*, 2012), entre otros. Es colaborador habitual de varias revistas colombianas. Actualmente es crítico de libros de la revista *Semana*.